

AUTORES Y CRITICOS

Sarmiento en el *Epistolario Croce-Vossler* *

Por
LUIS DI FILIPPO

MIENTRAS en nuestro país se realizan tan persistentes como vanos esfuerzos para empequeñecer la imagen de Sarmiento, en regiones extrañas su nombre es motivo de curiosidad intelectual cuando no de admiración decidida. Las diferencias idiomáticas no entorpecen la dilatación del prestigio sarmientino; de tal modo que cuando desde Europa se contempla el remoto panorama literario de Sudamérica, ya sea con espíritu crítico de valoración, ya sea con esa mera curiosidad que suelen suscitar las manifestaciones exóticas de la vida y del arte, el nombre de Sarmiento aparece de inmediato encabezando la nómina heterogénea de la intelectualidad americana hispano parlante.

Hace un decenio, se publicó en versión española el *Epistolario Croce-Vossler*. Nos confesamos culpables de leer muy tardíamente este volumen digno de mucha más rápida atención. Como es sabido, la correspondencia epistolar de estos dos grandes amigos e ilustres escritores, duró medio siglo (1899-1946). Es sabido, también, que tanto el filólogo alemán como el filósofo italiano cultivaron campos muy parecidos, a veces coincidentes, de la cultura italiana, española y alemana. Todo lo cual se refleja en este epistolario durante su casi cotidiano cambio recíproco de opiniones sobre los temas y los problemas que les inquietaban. No es el caso, ahora, de insistir sobre este aspecto de la correspondencia; lo damos por sabido. Pero el *Epistolario* es algo más que un registro de las preocupaciones literarias de ambos amigos; abarca otros problemas y otras cuestiones extra literarias, desde los familiares a los

* *Epistolario Croce-Vossler*. Kraft. Buenos Aires. 1956.

políticos. A través de estas cartas, algunas muy escuetas, aparece explícita o implícitamente reflejada la vida europea de medio siglo, con sus dramáticas vicisitudes; es tal la vibración anímica de estas páginas íntimas que, en ciertos momentos, hay frases, sugerencias, declaraciones y hasta silenciosos que resultan emocionantes aún al lector menos dispuesto a dejarse llevar por las efusiones cordiales. Con lo que está dicho que en este volumen se tañe tan pronto la cuerda sentimental como la intelectual.

Pero no es nuestro propósito hablar del Epistolario, aunque la tentación es grande y el libro lo merece; quede latente este deseo a la espera de otro momento para ser satisfecho. Deseamos, ahora, tan sólo referirnos a dos cartas del volumen, la de Vossler (21 de noviembre de 1932) y la de Croce (24 de noviembre de 1932), que están en las páginas 261 y 262 de la edición que tenemos entre manos.

Vossler había sido invitado a dar conferencias en Río de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires sobre *Goethe, la literatura y cultura y lenguas*, etc., como él dice; disertaciones que ofreció unas en español, otras en alemán. Apenas regresado a Munich, donde residía y en cuya Universidad profesaba, le escribió a su amigo Croce dándole una rápida y escueta impresión de sus andanzas sudamericanas. Vale la pena reproducir el párrafo que nos interesa: Entre las muchas cosas que se aprenden por allá, está también ésta: que se ve nuestra Europa con ojos más límpidos, clarificados por la gran distancia, y que se llega a comprender lo que es en realidad la barbarie que anhelamos y a que aspiramos tantos de nosotros como a un baño de rejuvenecimiento: una mezcla de desolación, fastidio y terror. Tendría ganas, si tuviese tiempo, de traducir, por ejemplo, al alemán el *Facundo* de D. F. Sarmiento, para demostrar a mis compatriotas la verdadera naturaleza de los hijos de la Pampa¹ y de la auténtica barbarie.

Croce responde de inmediato: *Me complace que tu viaje haya resultado bien, y que te haya enriquecido de impresiones, de pensamientos y de experiencias. Desgraciadamente nuestra Europa está todavía en un grave torpor intelectual y moral, un torpor interrumpido por manifestaciones de violencia que simulan ser fuerza. Confío siempre en una*

¹ En español en el original.

recuperación vital, de esas que suceden en la historia y en la vida por procesos escondidos y casi misteriosos. Pero, entre tanto, los hombres de mi generación, y en cierta medida los de la tuya, están como centinelas extraviados. Mucho honor, pero mucha melancolía y también tristeza.

De los párrafos de Vossler, nos llama especialmente la atención el que se refiere a *la barbarie que anhelamos y a que aspiramos tantos de nosotros como a un baño de rejuvenecimiento*. Aunque Vossler usa la primera persona del plural es de suponer que se está expresando irónicamente; suposición que se nos hace certeza cuando el admirador de Goethe atribuye a ese *baño de rejuvenecimiento una mezcla de desolación, fastidio y terror*... Y la ironía del párrafo se nos hace aún más evidente cuando Vossler siente la tentación de traducir al alemán el *Facundo* para demostrar a sus compatriotas *la verdadera naturaleza de la auténtica barbarie*.

¿Qué significa en la culta Europa, para muchos escritores cultísimos, este tema de la barbarie cuya imagen despertaba anhelos y aspiraciones en el año 1932? Téngase en cuenta que en esos instantes, el movimiento de Hitler culminaba con la llegada del caudillo al Poder. ¿No era esa la *barbarie* triunfante?

Vale la pena tejer algunas consideraciones sobre este tema que Vossler toca tan poco explícitamente, tan de paso, en su epístola, y que Croce da por sobre entendido a juzgar por su respuesta.

Es cosa sabida que con respecto a la barbarie hay dos interpretaciones posibles: una pesimista y otra que podríamos considerar poco menos que optimista. Etimológicamente considerada, la palabra bárbaro significa extranjero, pero la pronunciaban los griegos y los romanos con sentido peyorativo; era el término opuesto a culto y civilizado. Así lo usa Sarmiento cuando plantea la antinomia civilización-barbarie. Pero dejemos a un lado estas lejanas reminiscencias clásicas y lleguemos a la invasión de los bárbaros que destruyen el caduco imperio romano. Los descendientes de aquellos bárbaros, especialmente los germanos, y no pocos galos, pusieron mucho empeño en demostrar que los bárbaros tuvieron, a falta de otras virtudes, la de inyectar en el cuerpo decrepito de la civilización greco-latina una fuerte y sana corriente de vitalidad. Este argumento que comenzó siendo biológico fue,

luego, derivando hacia otros dominios de la vida, y poco faltó para que nos dijese que gracias a los bárbaros se salvó la cultura europea. Argumento tan válido como el de sostener que los terremotos y otros cataclismos son una higiene de la naturaleza. Esta transfiguración lírica de la barbarie se convirtió pronto en tópico de retórica trivial, semejante al tópico del *buen salvaje* que expandió la literatura posterior al descubrimiento de América y de las lejanas islas de Asia y Africa. Más tarde, de la literatura se pasó a la filosofía: el irracionalismo hizo irrupción en diversas corrientes; baste citar nombres que fueron bandera: Nietzsche en primer término, tras los románticos de la época inicial; más tarde, Spengler. Nietzsche quiso *abrir de par en par las puertas a la actividad* —como dice De Ruggiero— *pero siente la necesidad de descender por debajo del plano de la historia, a la zona de la vida brutal e irreflexiva, como si la acción significase forzosamente irracionalidad y arbitrio* . . . La verdad es que esta filosofía de la actividad, de la vida animal e irreflexiva, se vulgariza, sale del ámbito académico, especulativo, para irrumpir en las plazas, las calles y los balcones del Poder; este irracionalismo pierde toda su dignidad filosófica y se convierte poco menos que en delincuencia organizada, arbitraria, mercenaria. Aparecen los mitos, los semidioses, los grotescos super hombres, las *personalidades* trágicas: Hitler, Mussolini, Stalin . . .

De la filosofía se pasó a la sociología, la cual no obstante sus pretensiones científicas, también incubó algunos mitos bárbaros. Un celebrado mitólogo de la sociología y de la política fue Jorge Sorel, para no citar a otros. La mitología de Sorel derivaba del vitalismo de Bergson. Pero Bergson de esto no es responsable. Sorel creó, como es sabido, el mito de la violencia revolucionaria cuya manifestación práctica era la huelga general y la teoría sindicalista expresada en actitud polémica frente al socialismo evolucionista y parlamentario. Sorel manifestaba que la suya era *una filosofía de brazos* y no una *filosofía de cabeza*. La filosofía de los activistas, la filosofía del irracionalismo; la reacción contra los intelectuales y todo cuanto la palabra intelectual implicaba. El éxito de Sorel no fue casual. Su irracionalismo estaba en la atmósfera, en el arte, en la poesía, en la filosofía. ¿Porqué no había de estar en la política? Sorel escribió, en cierta ocasión, a Daniel Halevy: *si perece el socialismo, ello ocurrirá, innegablemente, de la misma manera:*

por amendrentarse de su barbarie. A Bakunine le gustaba comparar a los proletarios con los bárbaros, pues la sublevación obrera estaba destinada a destruir la civilización burguesa. Claro que en este caso la palabra bárbaro tiene en boca de Bakunine un sentido de burla; pero es significativo que haya usado ese término y no otro. Y puestos en tren de guerra, los vigorosos proletarios experimentarían *las voluptuosidades de la victoria y de la crueldad*, usando una frase de Nietzsche muy apropiada para los activistas.

Toda esta literatura irracionalista, creadora de mitos, romántica o neo romántica, desembocó en la política de la post guerra. Las dos guerras mundiales fueron caldo de cultivo para las aberraciones espirituales que se inspiraban en el Mito de la violencia. Sólo que este mito dejó de ser exclusividad de los proletarios, cayó en manos del nacional socialismo y del fascismo. Todo ese presunto rejuvenecimiento que prometían los jóvenes rebeldes nacionalistas era realmente, al margen de fantasiosas transfiguraciones míticas, *desolación, fastidio y terror*, como dice Vossler. Y lo subraya Croce: *Desgraciadamente, nuestra Europa está todavía en un grave torpor intelectual y moral, un torpor interrumpido por manifestaciones de violencia que simulan ser fuerza. Confío siempre en una recuperación vital*, etc. Violencia que simula ser fuerza... evidentemente, fue más debilidad que fuerza, trágica debilidad, efímera explosión negativa. Pero esta vitalidad recuperadora que anhela Croce, no tiene nada que ver con el *vitalismo* de los supuestos bárbaros admiradores del mito soreliano de la violencia.

El naciismo alemán y el facismo italiano demostraron al alemán Vossler y al italiano Croce que la violencia no es fuerza, no lo es en el sentido moral, ni siquiera en el sentido físico. Tanto no lo es que Vossler y Croce, escritores inermes, opusieron a esa violencia un espíritu crítico de rechazo tan admirable como estimulante. Croce y Vossler no necesitaban, por otra parte, tanta experiencia personal, pues al otorgar a la ética primacía sobre la política en sus especulaciones teóricas, ya de hecho rechazaban la *barbarie* filosófica y práctica de los violentos, antes que éstos se apoderasen del Poder en Alemania e Italia.

Pero, a todo esto, ¿Qué tiene que hacer *Facundo* en la historia de tan dramático proceso europeo de patología social? Vossler quería mostrar a los bárbaros civilizados de su país, la auténtica barbarie de las

pampas. No tenemos noticia de que Vossler haya traducido *Facundo* al alemán. Es de lamentar que no se realizase esta empresa literaria. Pero al margen de lo que ello hubiese significado como homenaje a Sarmiento y como prestigio para el arte argentino, las consecuencias morales de la lección que quería dar Vossler hubiesen sido negativas. ¡Los bárbaros que seguían a Hitler nada tenían que aprender de los auténticos bárbaros que Sarmiento pinta en su libro! Nicasio Oroño dijo, cierta vez, que *predominaba la doctrina de civilización y barbarie que consistía en la destrucción de los bárbaros de chiripá y botas de potro, por los bárbaros de levita y botines de charol*. Puede afirmarse irónicamente que por doquier los bárbaros bien vestidos y bien uniformados superaron, en cuanto a barbarie, a los rústicos congéneres de antaño. La barbarie —digamos la nueva barbarie— persiste; vencida en los campos de batalla, se refugia en cualquier parte, inclusive en las Universidades. Los símbolos de antaño no son los de hogaño. Ahora se estilan las cruces gamadas decorativas o las tacuaras selváticas cuyas raíces están hundidas en las urbes civilizadas, no en la pampa virgen. Ahora grita, como la llamaba Nietzsche, *la bestia rubia*, hermana de la otra cuyo oscuro color hacía creer a ciertos racistas ingenuos que podía hablarse seriamente de razas superiores y razas inferiores.

No hubo de ser muy menguado el prestigio de aquella barbarie ilustrada a la que hace referencia Vossler en su carta del año 1932, cuando en otra epístola de Croce, fechada el 22 de julio de 1919, el amigo italiano al discurrir con el alemán sobre espinosos temas de la guerra (téngase en cuenta que Alemania e Italia fueron rivales en aquel momento), le dice: *Como bien sabes, las luchas de los Estados, las guerras, son acciones divinas. Nosotros, individuos, debemos aceptarlas y someternos. Pero someter nuestra actividad práctica y no la teórica: someter nuestros afectos políticos y no nuestros afectos personales y privados. De otro modo, la barbarie se restablecería en el mundo, no la barbarie generosa, sino la corrupta y depravada...* ¿Cuál será esta barbarie generosa que Croce opone a la otra corrupta y depravada? El hecho de admitir la posibilidad de una barbarie generosa ya es algo en homenaje de la barbarie, máxime si quien reconoce semejante posibilidad es Benedetto Croce, crítico implacable de cuanto fuese en Italia y en Europa manifestación de irracionalidad en el pensamiento y en la política.

En otra carta, Croce —16 de mayo de 1928— vuelve al tema de la barbarie a propósito de Bismark *símbolo de un sistema y de una corriente ético-política, a la que tampoco niego realidad e importancia, pero que considero una crisis que la civilización europea debe superar, tarde o temprano, y si es preciso después de un intervalo de cuasi barbarie, superará...* Esta cuasi barbarie que proféticamente anuncia Croce en 1928 ya estaba en marcha; fue un largo, penoso, trágico, intervalo que abarcó a los dos países unidos, esta vez, en la *cuasi barbarie*. Barbarie exenta de toda generosidad, barbarie corrupta y depravada, que empezó siendo *barbarie de la reflexión* y culminó en barbarie de la vida toda.

Los bárbaros auténticos de la Pampa, con Facundo Quiroga transfigurado en mito por Sarmiento, no fueron tan bárbaros como los que arremetieron contra la civilización europea desde los centros civilizados de Europa, un siglo después de haber escrito Sarmiento su obra afortunada. Quizás se deba la inferioridad de los bárbaros del desierto a falta de imaginación y de cultura. Y no se diga que hay paradoja en esta afirmación; pues la cultura al servicio de la barbarie política hizo posible ese florecimiento siniestro del jardín de los suplicios documentado en los procesos de la post guerra. Para el que no se sometía al imperio de la barbarie, un poeta alemán, Junger, consideraba que *cuatro paredes es demasiado para él, con una basta*. Este Junger casi anónimo puede ser considerado el poeta del paredón.

La auténtica barbarie, entonces, no es hija tan sólo de la naturaleza virgen como creían Sarmiento y Vossler. Salvo el caso que el requisito de autenticidad, en cuanto a la barbarie se refiera, consista en su virginal desnudez.

